

LA BÚSQUEDA DE EFRAÍN TRELLES (1953-2018). COMENTARIO A SU OBRA HISTORIOGRÁFICA

José Luis Rénique¹

*“Historiador no es el que sabe sino el que busca”
Lucien Febvre*

RESUMEN

El artículo examina la vida y obra historiográfica de Efrain Trelles, quien con su brillante tesis de bachillerato y su temprana madurez historiográfica se perfiló como el historiador del futuro truncado. A través de un análisis de su actividad histórica y de su participación como hombre público en el periodismo, se trata de dilucidar el contexto de los dramáticos cambios personales sobre la base de sus orígenes andinos y entender la transformación de sus ideas, que llevaron a Trelles a abandonar el quehacer histórico.

Palabras claves: Efrain Trelles, siglo XVI, colonia

ABSTRACT

This article examines the life and historiographical work of Efrain Trelles, who with his brilliant bachelor's degree thesis and his early historiographical maturity emerged as the historian of the future, who later failed. The aim is to analyse his historical production and his public performance in sports journalism. As well, this writing elucidate the context of the dramatic personal changes based on his Andean background and roots in order to understand the transformation of his ideas, which led Trelles to abandon the historical investigation.

Keywords: Efrain Trelles, 16th century, Colonial period

¹ Docente del Lehman College del City University of New York.

El primero de abril de 2018, la noticia del repentino fallecimiento de Efraín Trelles Aréstegui suscitó numerosas expresiones de dolor por la pérdida de una de las más connotadas figuras del periodismo deportivo local. Era esa la filiación con que este notable andahuaylino se había hecho conocido a partir de los años 90. Y aunque muchos de los dolientes le recordarían también como “historiador” aquello tenía que ver, seguramente, con una singularidad de su discurrir ante el micrófono: la manera amena e ingeniosa en que solía introducir referencias históricas y culturales en sus comentarios deportivos. Con ocasión de la destacada campaña que, en 2003, llevó al modesto equipo del Deportivo Cienciano del Cuzco a obtener la Copa Sudamericana, por ejemplo, Efraín utilizó la leyenda de los hermanos Ayar como el marco referencial de aquella épica deportiva, componiendo así un notable trabajo narrativo en el que no estuvo ausente el uso del quechua, la lengua de su niñez.

Desde la perspectiva de sus viejos colegas académicos, el recuerdo de su paso por la profesión sería, por supuesto, más profundo y complejo. Un recuerdo marcado por la evocación de su destacado inicio y el desconcierto ante la fugacidad de una carrera que se vislumbraba brillante. Una trayectoria que —en palabras de Nelson Manrique— tras el “fallido intento de una tesis doctoral”, se había detenido “abruptamente”². ¿Qué sucedió?

Efraín, no cabe duda, se llevó las claves íntimas de su singular trayectoria intelectual, de la cual, no obstante, dejó suficientes evidencias como para intentar una reconstrucción de la misma que, siendo respetuosa de su memoria, coadyuve a iluminar aspectos poco tratados sobre el quehacer intelectual en el Perú, historiográfico en particular. No aquellos, digamos, convencionales; aquellos de corte existencial más bien relativos a la dimensión humana del historiador, al terreno de las pasiones suscitadas por el encuentro entre el individuo y la realidad.

Con estas premisas, en la medida de lo posible, más que un texto nostálgico o de “homenaje” —tal como lo he hecho en otro lugar³— busca explicar al historiador y su legado. Un legado que, en ningún caso, debería quedar opacado por la distinguida trayectoria de Efraín en el ámbito del periodismo deportivo que le generó un amplio reconoci-

² Manrique 2018.

³ Véase mi prólogo en Rénique 2019.

miento público, aunque, en rigor, jamás haya dejado de ser, un comprometido historiador. Historiador en el sentido de aquella definición formulada por el célebre Lucien Febvre que Efraín solía citar y que aquí he insertado como epígrafe.

II

Con su excepcional tesis de bachillerato, aprobada con sobresaliente en mayo de 1980 en el departamento de Historia de la Pontificia Universidad Católica, Efraín atrajo la atención del reducido círculo de historiadores colonialistas limeños. Dos años después, ésta aparecía en una primera edición: *Lucas Martínez Vegazo: funcionamiento de una encomienda peruana inicial* (1982). Recurro nuevamente a un comentario de Nelson Manrique para ilustrar la expectativa que la producción de Efraín suscitó a raíz de ese trabajo: “quienes leímos su libro no tuvimos la menor duda de que estábamos ante el nacimiento de un gran historiador, que sin duda nos depararía nuevas obras maestras”⁴.

Releer ese texto cuatro décadas después me ha retrotraído a fines del decenio de 1970, cuando —en compañía de un estupendo grupo de amigos— compartí con Efraín el proceso investigativo que derivó en aquella publicación. Proceso convertido en una divertida experiencia grupal en virtud de su talento como narrador oral. En una sucesión de reportes sobre sus avances, vale decir, vertidos en clave de *comic* narrativo: de la astuta manipulación de sus ingresos obtenidos en el reparto de Cajamarca a los otoñales ataques de culpa del rico encomendero Martínez Vegazo debido a las atrocidades que, como conquistador, había inferido a la población nativa. Acciones que, hacia mediados del XVI, amenazaban convertirse en causal de cuestionamiento de su patrimonio. Que su sueño, decía Efraín por aquel entonces, era conseguirle a su personaje un terapeuta que, retrospectivamente, lo ayudara a irse de este mundo en paz. La fantasía merodeó siempre la evocación pasadista del joven historiador.

Tras aquella festiva vivencia, tomaba forma una importante contribución a la comprensión del período inicial de la colonización del Perú. Teorías, slogans, prejuicios, nos sobaban como buenos estudiantes adscritos a las corrientes radicales que prevalecían en el ambiente de las organizaciones universitarias. Hechos bien fundamentados que hi-

⁴ Manrique 2018.

cieran posible más refinadas y realistas interpretaciones era lo que faltaba. Habíamos participado – guiados por el profesor Franklin Pease – en la fascinante experiencia de la investigación interdisciplinaria de la etnia Collaguas, incluyendo el aprendizaje de métodos de análisis demográfico con el profesor Noble David Cook y una notable excursión al valle del Colca⁵. Inolvidable el momento del hallazgo de una visita administrativa temprana en el archivo parroquial de Yanque y el posterior análisis etnohistórico de esa valiosa fuente en un seminario en el Museo Bolivariano bajo la conducción del profesor Pease.⁶

Gracias a Franklin Pease, precisamente, tuvimos contacto con personalidades por demás inspiradoras: además de Cook – protagonista del debate sobre el “colapso demográfico” andino del siglo XVI – el célebre académico marxista francés Pierre Vilar, el impulsor de la etnohistoria rural andina John Murra y, por supuesto, don Jorge Basadre con quien Efraín, Guillermo Cock y quien escribe tuvimos una memorable reunión en su casa de la avenida Orrantía con ameno colofón en un chifa miraflorentino. ¿Cómo olvidar aquella expresión de don Jorge acomodándose en su sofá favorito?: “¿así que estos son sus alumnos de quiénes me había hablado?” diría el “historiador de la república” dirigiéndose a nuestro profesor. Era 1977, acabábamos de terminar el bachillerato. Aquel encuentro con Basadre sería nuestra verdadera graduación.

Ya para ese entonces, habría que decir, el joven bachiller Trelles escribía con una madurez insólita. De ello dejaría constancia en una reseña que hizo del texto de Franklin Pease, *Del Tawantinsuyo a la historia del Perú*, publicado en 1978. Ahí Efraín se expresaba en los términos siguientes del trabajo de su mentor:

Es encomiable la erudición y la capacidad de manejo de las fuentes que ha alcanzado este autor. Solamente extrañamos la ausencia del uso de los protocolos notariales, valioso depósito de información todavía no utilizado cabalmente. En adelante, quien quiera transcurrir por el siglo XVI tendrá la suerte de poder recurrir a esta acabada síntesis documental ofrecida por Pease. Por último, alegría que el autor se haya animado a trazar esquemas generales de inter-

⁵ Véase al respecto: Rénique y Trelles 1977; Mould de Pease 2012.

⁶ Se trata de las dos publicaciones que salieron inmediatamente después de las expediciones mencionadas: Koth y Castelli 1978 y Castelli, Koth y Mould 1981. Véase también nota 5.

⁷ Véase al respecto José Luis Rénique 1999.

pretación y desarrollo teórico que rebasen el XVI y apunten a la comprensión de la historia del Perú y lo nacional, a partir de un mejor conocimiento del rol de lo andino en ellas⁸.

En ese contexto, un interesante horizonte se abría ante nosotros a fines de la década del 70: la posibilidad de ser historiadores profesionales. Una alternativa aún no del todo consolidada en un medio en que prevalecía la idea de que era mejor combinar la labor historiográfica con la abogacía o tal vez la diplomacia y donde la oferta de puestos docentes a nivel universitario era bastante reducida. Todavía a mediados de los 80, un colega extranjero observaría que las estrecheces económicas ponían a nuestra profesión en verdadero riesgo de extinción⁹. La reforma universitaria promovida por el régimen militar, por si fuera poco, había eliminado la entrega de títulos de doctorado “a nombre de la nación”. En espera, se decía, de una nueva instancia académica que tomaría a su cargo dicha tarea de manera centralizada. La opción de realizar estudios doctorales fuera del país aparecía, en esas circunstancias como una atractiva posibilidad. Ya no, necesariamente, en Europa como muchos de nuestros maestros sino en Estados Unidos de donde cada vez más llegaban estudiantes graduados – Karen Spalding, Steve Stern, Florencia Mallon –, quienes contribuyeron a familiarizarnos con ese medio, relativizando algunos de nuestros prejuicios y desconfianzas. De ello, qué mejor testimonio que su propia producción¹⁰.

El libro de Efraín, en ese marco, adquiriría un valor que trascendía el medio local. Como observaría un académico estadounidense, se inscribía en una corriente historiográfica que, en el análisis de la era temprana de la colonización hispana, superaba aquella visión tradicional que aspiraba a realizar una “historia de España en el Perú”, abriendo cauce, más bien, a la posibilidad de escribir la historia de ese periodo “a partir de la comprensión del drama interno del Perú”¹¹. Perspectiva que hacía posible analizar actores y mentalidades que iban surgiendo al compás de la imposición de un nuevo orden y la consiguiente “desestructuración” del milenarismo andino.

⁸ Trelles 1978: 341.

⁹ Bronner 1987.

¹⁰ Stern 1982; Mallon 1983; Spalding 1983.

¹¹ Campbell 1986.

III

De los comentarios que *Lucas Martínez Vegazo: funcionamiento de una encomienda peruana inicial* suscita hay uno del historiador argentino Carlos Sempat Assadourian que vale la pena citar pues destaca la temprana madurez de su autor: “dotado del saber del historiador tradicional” y al mismo tiempo “formado como historiador moderno, Efraín Trelles nos ha entregado un importante estudio sobre el proceso de la formación de la economía y la sociedad colonial”¹². Efraín, efectivamente, había logrado integrar los enfoques disponibles en nuestro centro de estudios para perfilarse como colonialista: el etnohistórico de Franklin Pease —con su lectura etnológica no solo de las crónicas sino de las fuentes administrativas y los protocolos notariales— y el tradicional de José Antonio del Busto con su erudita reconstrucción narrativa del conquistador que a muchos nos sonaba a una prolongación de la tradición cronística hispana.

A esa fusión medular, Efraín iría añadiendo otras aproximaciones metodológicas y teóricas en aras de producir la más rica narrativa posible. Porque el meollo de su obsesión era no solo delinear estructuras — como demandaba nuestra formación, tributaria de la Escuela de los *Annales* — sino identificar sentires e identidades. Y aunque, aún no contaba con el aparato conceptual para lograrlo, ya lo enunciaba verbalmente desplegando ingenio y creatividad. De ahí las proporciones histriónicas que alcanzaba su relato de la captura del Inca o la de aquella “noche primordial” — en sus propias palabras — en que, tras la realización del primer reparto del tesoro incaico, los conquistadores tomaron la decisión de ejecutar a Atahualpa. La pregunta por el lenguaje, por la calidad de la narrativa, estaba muy presente en la imaginación histórica de Efraín mientras, de otro lado, daba sus primeros pasos en el uso de la nueva tecnología computarizada. Una dualidad entre lo artístico y lo académico que tomaría diversos formatos, en los años por venir. En aquellos días felices, entretanto — como bien ha evocado Luis Miguel Glave —, entretejíamos un lenguaje grupal en que se sucedían las metáforas futbolísticas, históricas y políticas. A esa mescolanza verbal, Efraín

¹² Assadourian 1986: 383.

contribuía con términos y anécdotas extraídas de las crónicas coloniales¹³.

Lejos estábamos de imaginar que aquel afán comunicativo terminaría engullendo al académico en ciernes. De aquel punto de quiebre, algunas señales he creído percibir en mi lectura retrospectiva del texto sobre Martínez Vegazo. Un cierto inconformismo, por ejemplo, con las sofisticadas metodologías para el análisis cuantitativo. Insuficientes para satisfacer su objetivo de “penetrar en las interioridades del drama” colonial inicial. De ahí su afán por distinguir su trabajo de aquellos que tendían a “enclaustrar” el rico proceso de constitución de las encomiendas en un “marco puramente institucional”. Esta, para él, era un “hilo conductor” más bien para capturar la dimensión humana y social realmente existente, más allá de los grandes esquemas que el estudio del Perú prehispánico podía suscitar: del “imperio socialista incaico” de Louis Baudín (1978) a la “visión de los vencidos” de Nathan Wachtel (1971). Mucho más significativo para Efraín era, por aquel entonces, el enfoque de James Lockhart, cuya reconstrucción de la dinámica económico-social suscitada por el proceso de conquista y asentamiento (reconstruido en base a los “casi olvidados” protocolos notariales), porque le abría la posibilidad de explorar el mundo mental de “los hombres de Cajamarca”.¹⁴ Lo que posibilitaría, a su vez, escudriñar la crucial relación encomenderos-curacas, eslabón perdido de la construcción del Perú que, en la visión de Efraín iría convirtiéndose en una preocupación no solamente histórica sino también identitaria.

IV

A mediados de 1980, Efraín partió a los Estados Unidos con el fin de realizar estudios graduados en la Universidad de Texas en Austin, becado por la Comisión Fulbright. Ahí lo visité a mediados de 1981. Los días que compartimos se dividieron entre disfrutar la clasificación del Perú al mundial de España y charlar sobre las perspectivas que se le abrían en ese medio universitario. Aspiraba a “reconstruir tres siglos de historia Chupaychu” presentada en un “estudio monumental” titulada algo así como “De la conquista a la rebelión” (Trelles 1988). De ello ya había completado un primer avance en 1983, una tesis de maestría titu-

¹³ Glave 2019.

¹⁴ Lockhart 1972, versión de habla inglesa que se tradujo al español en 1986. En 2012 aparece una segunda versión del libro en inglés.

lada “The Integration of an Andean Ethnic Group into the Early Encomienda System. The Case of the Chupaychu, in Huánuco, Perú (1532-1562)”. En tanto que, en colaboración con uno de sus profesores, el historiador sueco Magnus Mörner exploraba el período del alzamiento tupa-camarista¹⁵. Un gran arco temporal que un variado grupo de maestros – del especialista en métodos cuantitativos Alfred H. Saulniers al mexicano Eric van Young, pasando por Walt W. Rostow uno de los contribuyentes a la teoría de la modernización de los años 60 – alentaba con entusiasmo¹⁶. Efraín parecía haber encontrado el lugar perfecto para desarrollar su proyecto. A partir de un sólido marco empírico económico-demográfico podría reconstruir con certeza dinámicas sociales y, con ello, cumplir con su aspiración de dar cuenta de la “trama interna” del proceso de transición del Tawantinsuyo a la sociedad colonial.

Años después, no obstante, Efraín evocaría una vena distinta de sus años en Austin: su encuentro con autores como Giambattista Vico (el filósofo italiano del siglo XVII, baluarte de la defensa de la “veracidad del mito” frente a la “ola racionalista” representada por Newton y Pascal), el historiador y crítico literario francés Michel Foucault (1926-1984) y el historiador estadounidense Hayden Whyte (1928-2018) el celebrado autor de *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (2010) de cuya mano comprendió que con la intervención de Occidente en nuestros pueblos, el conocimiento quedaba “cautivo de un protocolo verbal”¹⁷. Autores, en suma, que validaron los aspectos creativos y vivenciales a partir de los cuales Efraín se había aproximado al pasado. La validez, vale decir, de explorar los aspectos “precríticos” de la reflexión histórica, allende los lenguajes construidos de la academia¹⁸. O que – en términos fucoltianos – el orden de las cosas no necesariamente debía coincidir con el orden de las palabras. Así, en el llamado “giro lingüístico”¹⁹ – que desestabilizaba el canon historiográfico en que habíamos sido formados – encontraba Efraín la continuidad de aquella irreverente mirada del pasado que, en sus años iniciales, había encontrado en la sátira y el humor, un singular canal de expresión.

¹⁵ Mörner y Trelles 1986.

¹⁶ Aquí me baso en mis propios recuerdos y en Trelles 1994: 14-17.

¹⁷ *Ibid.*, p. 15.

¹⁸ Whyte 1992: 9.

¹⁹ Véase: Clark 2004, capítulo 7.

Portando en sus pliegues más íntimos ese clivaje epistemológico —tras culminar brillantemente sus cursos en Austin— emprendería Efraín la etapa siguiente de su periplo profesional: la redacción de su tesis doctoral. Proceso que, como veremos más adelante, nunca llegaría a ser, formalmente, completado. Este resultaría en un manuscrito que vería la luz años después bajo el enigmático título de *Linajes y Futuro* (1994). ¿Qué sucedió? ¿Qué factores impidieron la culminación de ese proceso que, de manera tan promisorio, se había iniciado? Más allá del trámite de un título académico: ¿cómo así el ambicioso proyecto basado en un vasto despliegue de métodos cuantitativos de 1983 derivó en el ensayo histórico-literario publicado en 1994?

V

Recién en noviembre de 2021 —ante la propuesta de la colega Carmen Arellano encargada de publicaciones de la Academia Nacional de Historia de escribir sobre nuestro antiguo compañero de la PUCP— abrí las páginas de *Linajes y Futuro* por primera vez. Encontrar ahí una “Presentación” en que Efraín relató la historia de aquella década 1983-1993 que alteró el curso de su vida profesional sería la primera sorpresa. Un valiente ejercicio introspectivo es lo que realiza. Refinado por cierto con los criterios de reserva prevalecientes en el medio académico. Interesante, no obstante, para conocer los retos que puede enfrentar un proyecto historiográfico que colisiona con la sensibilidad del autor. En un contexto, más aún, de extraordinario sufrimiento colectivo y en el caso de un historiador en formación, visto por el medio como una gran promesa en su especialidad. Un texto difícil de leer, asimismo, para quien conoció de cerca el alto costo personal que ese proceso conllevó para el autor.

La trayectoria de un sueño o de una ilusión es lo que relata Efraín en esa “Presentación”. Un sueño truncado por una fuerte crisis personal en que los dilemas de su investigación jugaron, a mi parecer, un rol catalizador. Pretendía Efraín que, sin menoscabo del elevado estándar académico que de él se esperaba, su tesis respondiera a las exigencias de un presente en erupción. El drama post-Cajamarca y el conflicto interno de los años 80 terminaron hibridándose en su mente generando una eclosión que lo lanzaría a un verdadero “pozo emocional”. Tan intensa habría de ser la experiencia que hasta le llevó a modificar su aspecto externo. A la cola y el arete que llevaba al volver de Sevilla como testi-

monio de su identificación con los avatares de los “indios forasteros” — que se trasladaban a Lima huyendo del pago del tributo y que cambiaban su indumentaria para pasar desapercibidos — es a lo que me refiero.

No venía de una familia de fortuna. Por sus propios méritos, Efraín había contado con las condiciones idóneas para completar su proyecto. Recursos, por ejemplo, para realizar una amplia pesquisa archivística: de Huánuco a Sevilla pasando por Lima y la magnífica colección documental de su propia universidad tejana. Sin dejar de mencionar, por supuesto, el irrestricto apoyo de su entorno académico y familiar que tanto esperaba de él. Hasta con un favorable contexto internacional que no solo —como el mismo decía— nos liberaba de viejos “corsés ideológicos” sino que promovía la discusión de nuevos temas culturales de corte descolonizador. Nada impediría, sin embargo, que su prometedor investigación se convirtiese en un deambular archivístico crecientemente desprovisto de resultados y de horizonte. Años después Efraín recordaría que, “cada vez que agotaba los fondos de un archivo y quedaban tantas cosas por aclarar” se consolaba pensando que “lo pendiente habría de subsanarse en el siguiente archivo”. Hasta que, tras su paso por Sevilla —por el Archivo General de Indias, pináculo de los repositorios coloniales hispanoamericanos, vale decir— “ya no quedaba mucho más”²⁰. La verdad que buscaba, ciertamente, no estaba en los folios de archivo alguno. Una gran ansiedad haría presa de Efraín en esas circunstancias. Todo lo que en principio lucía tan favorable fue convirtiéndose en un peso difícil de sobrellevar.

Fue, entonces que, en un paréntesis limeño de su periplo sevillano se produciría un desenlace que, fiel a su estilo, Efraín ha relatado delineando una “escena”. Era fines de 1986. Conocedor de sus dotes como conferencista un compañero de nuestros tiempos universitarios lo invita a participar en unas jornadas de capacitación organizadas por la Confederación Campesina del Perú. Ante esa audiencia, en medio de una explicación sobre el “colapso demográfico” del siglo XVI —relató Efraín— todo el peso de la contradicción que le habitaba golpearía su conciencia: estaba contándoles *su* historia a los sobrevivientes de la misma; quienes, de otro lado, enfrentaban, en ese mismo momento una nueva arremetida violenta.

²⁰ Trelles 1994: 17.

Fue entonces que, empequeñecida su voz de profesor de “demografía histórica” optó por “retomar el hilo” de aquel “gran caminante” que había sido Guamán Poma. Como un verdadero choque de “placas tectónicas” describiría Efraín en su “presentación” a *Linajes y Futuro* lo que prosiguió. “Tenía el «corazón desgarrado»” anotó. Inicialmente, “por ver el impacto de ciertos conceptos y la fuerza de cierto modo de transmitirlos”. Y luego, al sentir la “magia del momento”: un sentimiento de integración “como jamás había soñado” al punto que había generado lágrimas de emoción entre la audiencia. Tamaña experiencia a tan sólo 72 horas de partir a Sevilla y, a continuación, a los EEUU. ¿Cómo no sentir que la tierra parecía abrirse bajo sus pies?²¹

Fue entonces que, una de las asistentes — “la compañera Concepción Quispe de Anta” — se le acercó y, dándole una palmada en el cachete, le dijo: “No llores, niño. No nos hemos muerto los indios de la conquista y si hemos sobrevivido será para sacar adelante este país”²². El mundo que el historiador pretendía interpretar le había hablado a través de una campesina cuzqueña, terminando de quebrar así el ya debilitado barniz de legitimidad académica que le revestía. Había sido — para usar el lenguaje de los indigenistas de la generación del Centenario — una incursión “telúrica” en el discurso del historiador profesional. El balance que, de la mano de Pease y Del Busto o de sus profesores de Austin, Richard Schaedel (arqueólogo) y Magnus Mörner (historiador), había logrado mantener se había roto, avasallado por — recordando a su paisano José María Arguedas — un “río profundo” emanado de sus propias memorias que le impedía volver al discurso historiográfico anterior. Inmerso en el “discurso verbal”, recordaría, “fue preciso permanecer fiel” al mismo²³. Y en ese tono, con ese impulso, se generarían los primeros cuatro capítulos de la tesis doctoral que alcanzaría a escribir. Hasta que, simplemente no pudo más.

Los pasajes relativos a esos días de 1987 son algunos de los más desoladores de su “Presentación” a *Linajes y Futuro*. Escritos bajo la invocación de un verso de Vallejo que Efraín se repetía por aquellos días: “tanto amor y no poder hacer nada contra la muerte”. Sintiendo que, de pronto, se le confundían los “muertitos” de hoy con los del XVI:

²¹ Ibid., p. 18.

²² Ibid.

²³ Ibid., p. 19.

“jornadas de agobio y espiral asfixiante” para ponerlo en sus propias palabras: “el ciclo del dolor, quitándome aire día a día”. 1988 sería, concluye el autor, “el año de mi trabazón”. El año en que decidiría dejar la historia, optar por el periodismo, vivir su portentosa oralidad a plenitud. De ahí que decidiera aprovechar la oportunidad de una invitación a discutir sus avances de investigación en el Instituto de Estudios Peruanos (IEP) para anunciar aquella dramática decisión, optando para ello por llevar grabada su presentación²⁴. Un discurso que, trasgrediendo el canon al uso, aparecía como una producción radial – acaso precursora del podcast – organizada “como si fuera un quipu con hilos y nudos por referencia” y en la que se yuxtaponían el discurso historiográfico del que se despedía y el de la crónica deportiva que columbraba en su futuro.

Algunos –yo entre ellos– nos retiramos del salón de conferencias sin esperar el final del evento aquella tarde en el IEP. Opiniones divididas prevalecían entre amigos y colegas. Hubo quienes vieron en el giro discursivo de Efraín un intento de corte “arguediano” de interpretación del proceso andino en sus propios términos: una bienvenida ruptura con el academicismo. Otros, no lo veíamos así. A mí, como a otros, más que el hombre público nos preocupaba la atribulada manera en que estaba viviendo su drama académico-profesional. Y si hoy me tomo la libertad de comentar al respecto es porque el propio Efraín se refirió a ello en el texto que estoy comentando. Así las cosas, lleno de dudas con respecto a lo que el futuro le vislumbraba a mi querido compañero, preferí no enterarme del contenido de su manuscrito. Hasta este octubre de 2021 de pandemias y cuasi crónica crisis política en el Perú en que, lamentablemente, Efraín ya no está más. Demos una rápida mirada a su contenido.

VI

Una visión braudeliana del mundo andino delinea Efraín en el capítulo inicial. Una perspectiva geohistórica en otras palabras en que paisajes y grupos humanos van definiéndose mutuamente a través del tiempo. Un contrapunto en que la propia naturaleza impone a las sociedades una insuperable fragmentación. Surgen, no obstante, “asociaciones productivas” de notable efectividad. Organismos étnicos aptos para

²⁴ Ibid., pp. 19-20.

responder el reto de la naturaleza aunque más capaces de “hacer las paces con los dioses” que con sus “semejantes de extramuros”. Es con la configuración de “linajes” que van a surgir formas más amplias de coordinación social. Linajes que, “podrán haber desaparecido en la percepción ciudadana” pero cuya sangre, según Efraín, “sigue fluyendo por nuestras venas”²⁵.

El autor, en este punto, no sólo tiende a disolver la separación entre sujeto (el historiador) y “objeto de estudio” (las sociedades andinas) sino que busca fundirse con este último. Y desde esa posición cuestiona a quienes –bien sea “en nombre del progreso y la superioridad de lo occidental” o de un “horizonte revolucionario sin comunidades indígenas”– niegan a “nuestros paisanos del campo” que “tuvieron historia” y aun su “plena condición humana”²⁶. De ahí que el objetivo de reconstruir la historia del XVI no sea otro que “devolver a sus protagonistas sentido de la misma. Entender, vale decir, como “nuestros linajes” se “desplazaron tanto por los cálidos confines de la pampa cuanto por valles y cerros; y cómo con ese “áspero trasfondo” se convirtieron en “elemento articulador”. Dado que no satisfacen los archivos nuestro afán de conocimiento “intentaremos adivinarla con el permiso de los muertos y las disculpas de los vivos”²⁷.

No es –ni en términos existenciales ni historiográficos– la voz del biógrafo de Lucas Martínez Vegazo la que resuena, de tal suerte, en *Linajes y Futuro*. Hay vivencias concretas que ayudan a comprender el cambio de tono. Su participación en los preparativos del “contrafestejo” hispánico del 5to centenario del “descubrimiento de América” han contribuido a darle un nuevo sentido a su investigación. Tremenda paradoja que, en lugar de volver a Sevilla para sumergirse en los legajos del Archivo General de Indias, Efraín haya viajado a Guatemala –como parte de la delegación de la Confederación Campesina del Perú– para participar en la protesta contra la celebración oficial del quinto centenario del llamado “encuentro de dos mundos”. Asiste entonces al reencuentro con su pueblo de la dirigente indígena Rigoberta Menchú, tras un prolongado exilio. Son tiempos de paz en la castigada patria de Miguel Ángel Asturias y Jacobo Arbenz. En ese contexto, su lectura de

²⁵ Ibid., p. 40.

²⁶ Ibid.

²⁷ Ibid., p. 45.

las fuentes no obedece más a comprender, desde fuera, “lo andino” sino a comprender, desde dentro, cómo se configuran las organizaciones de base que la expansión inca articularía en ese todo mayor que sería el Tawantinsuyo.

El advenimiento de la “pax incaica” sería el tema de su segundo capítulo. A los intentos de definir, desde la academia o la política, el estado incaico contraponen Efraín una alternativa directa: renunciar — dice — a los “espejos del conquistador”; mirarnos en los ojos del otro más bien: ni libres ni siervos, ni Baudin ni Marx, simplemente “runas” y “warmis”. Así ubicado, procede a identificar las posturas a ser excluidas de su horizonte nativista: (a) “los toledanos sin tiempo” de derecha o izquierda que intentaban “hacernos digerir reducciones y buena política a punta de botas, votos y ortodoxia revolucionaria; (b) los “empedernidos occidentólicos”, siempre “pendientes de lo último de Europa” y dando la espalda “a los cuatro suyos”; (c) los “pishtacos ilustrados” que por comprarles un costal de papas sienten tener en sus manos el destino de “nuestro campesinado” y (d) los indianistas empeñados aún en cumplir un papel “redentor”. Ubicarse en el sentido correcto de la historia, ese es su llamado: reconocernos, es decir, como los herederos de la epopeya de un pueblo ágrafo (los quechuas cuzqueños) que había sido capaz, a su vez, de “beneficiarse de las remotas culturas que le precedieron en el tiempo”. De los conocimientos, vale decir logrados por los habitantes de los Andes a través de milenios²⁸.

Un proceso que para era ser entendido no era de la erudición que se precisaba. Porque ni aún “la riqueza potenciada de todas las crónicas juntas” podría acercarnos siquiera “una micra” a comprender la naturaleza de aquella “espiral expansionista” hecha de diplomacia y rituales sagrados con un poder inimaginable de convocatoria. De ahí, entonces, que más valía entender que al Inca había que “imaginarlo”. Porque como había aprendido leyendo a Foucault: “ni el más audaz de los conceptos garantiza un mayor acercamiento a las cosas mismas a las que las palabras aluden”. De ahí que considerase válido “presentar un relato de la expansión inca cuyo sujeto puede ser un inca solamente o todos los incas juntos” o la evocación de algo que pudo haber existido o no, tal como ahora lo podemos imaginar, hasta componer una perspectiva de la expansión incaica imposible de formular en términos convenciona-

²⁸ Ibid., p. 67.

les. Concibiéndola, vale decir, no como una mera sucesión de episodios sino como “una constante espiral de conquista, de guerras apoyadas en rencores ajenos y alianzas cimentadas en el estímulo a la reciprocidad y a la garantía de un estado redistributivo”²⁹. Dinámica que, para su plena comprensión requería verse desde una óptica regional. Persuadimos de las bondades de esa perspectiva era, precisamente, el objetivo del tercer capítulo de su manuscrito doctoral.

Desde ese ángulo regional, invita Efraín al lector a imaginar ese mundo perdido: a “cerrar los ojos y abrir el pensamiento para situarse en ese impresionante *ushnu* de dimensiones casi sobrehumanas”, adivinando el despliegue de “múltiples cuadrillas de trabajadores moviendo sogas y piedras”. Verdadera “poesía en movimiento”. Celosamente registrada por cientos de *camayoc* a través de su “estadística de hilos”³⁰. Es la “solución inca” a inmemoriales problemas andinos: a la marginalidad económica de unos o la dependencia de productos originados en territorios lejanos en el caso de otros. Asuntos remediados por el preciso funcionamiento del mecanismo estatal. Dinámica en que los rituales actúan como “engranajes” vitales para garantizar la productividad del “capital humano” tanto como para legitimar a los linajes en su nuevo papel de bisagras entre región y estado inca. ¿Podría acaso haber caído en un solo día esa verdadera maquinaria de relojería? Definitivamente no. Es, entonces, a partir del pulseo entre república de indios y república de españoles por instrumentar sus remanentes que debería examinarse la construcción de un “Estado de europeos en nuestros cuatro suyos”. Bajo el título “Inca ¿dónde estás?” aborda ese tema Efraín en su capítulo final.

En la medida que “muchos linajes vieron en los barbudos una fuerza de liberación” y con ello, la posibilidad de “asentar su propia panaca en el poder”, el “colaboracionismo” con los extranjeros —explica Efraín— se verificó desde “los primeros instantes” en la región andina. Situación que les significó disponer de lo que podría compararse con reportes de la CIA o la KGB. Insumo vital para el astuto juego de manipulación de los linajes desplegado por Pizarro³¹. De ahí que, un “enfrentamiento de indios contra indios” terminaría siendo la llamada “con-

²⁹ Ibid., p. 70.

³⁰ Ibid., p. 88.

³¹ Ibid., p. 113.

quista” cuando es vista desde el terreno propiamente andino. O acaso ¿no era cierto que “al día siguiente” de la captura del inca Cajamarca había amanecido “rodeada de indígenas de filiación opuesta a la de Atahualpa que venían a ofrecer su servicio a los nuevos *apus*? El mundo, en suma, comenzaba a “ponerse patas arriba”³².

Ahí, a mi juicio, la clave de la visión de Efraín del siglo XVI: reconocer la intensidad del caos que sobreviene a los sucesos de Cajamarca. Momento en que, según él, “el que podía saqueaba lo antes respetado al amparo de la falta de autoridad”. Situación que al autor le recuerda lo vivido en Lima el 5 de febrero de 1975, cuando, en el marco de una huelga policial, la capital peruana se hundió en un “vendaval de disturbios y violencia”; suscitando una “sensación de desasosiego” similar a la vivida por Guamán Poma, que le había llevado a sostener que “el mundo estaba al revés”³³. Momento de destrucción y construcción al mismo tiempo; de pérdida pero también de “acumulación primitiva” — como diría Marx— para los vapuleados linajes andinos. Obligados a tomar súbitas decisiones que habrían de definir su destino: ¿qué hacer? ¿seguir sirviendo a Huáscar? ¿intentar el acomodo ante la eventualidad de una liberación de Atahualpa o emprender el retorno —en el caso de los mitimaes— a su lugar de origen?.

Reconoce Efraín que el panorama de caos y desestructuración que presenta es imposible de documentar. Pero que lo puede “sentir” argue, valiéndose de un tipo de evocación del pasado inspirado en Guamán Poma. No en vano el célebre ayacuchano había caminado los Andes y escribía de lo que veía y escuchaba más que pretender registrar supuestos “hechos históricos”. ¿A quién sino a él, por lo tanto, podía dedicar su investigación? Dedicatoria que formula —como para que no quede duda de su realineamiento conceptual y existencial— en los términos siguientes: “al honor y gloria de don Felipe Guamán Poma de Ayala [...] te dedico este libro, padrecito, con la promesa de continuar bregando porque el mundo esté menos al revés”. Una promesa que implicaba un llamado a sus propios contemporáneos a que se atreviesen a mirar el Perú de la colonia temprana con los mismos ojos del cronista: sin asustarse del tortuoso camino seguido por la conformación de “nuestras

³² Ibid., p. 116.

³³ Ibid.

identidades, ni del carácter de nuestras múltiples relaciones”³⁴. Imposible plantear un “camino de pacificación”, el *Jaucaq Ñan*, sin reconocer, desde dentro, más allá de las elucubraciones académicas, el terreno histórico que pisábamos. Era 1987 y el Perú, como en los años post-Cajamarca, se desangraba como resultado de una confrontación fratricida.

VII

Años después de ocurridos los hechos, Efraín observaría que le costaba creer que, a pesar de haber tenido las cosas tan claras con respecto a la reorientación de su investigación, se hubiese empeñado en viajar a Austin con el fin de presentar su tesis³⁵. Tuve esa impresión cuando me visitó en Urbana-Champaign, Illinois, en camino a Austin en 1989. Aunque no había tenido la oportunidad de leer su texto, simplemente escuchándolo me daba la impresión de que iba a Austin en pie de guerra, acaso a confrontar su pasado académico. Y dudo que, sobre ese tema, fuera yo, por esos días, un interlocutor idóneo. Mi vida marchaba en sentido contrario a la de mi viejo amigo. Yo me había convertido en un “migrante académico” con todas las de la ley. De ahí que todas mis energías estuviesen concentradas en insertarme en el medio universitario estadounidense. Muy diferente situación a la de mi viejo compañero que había renunciado a enseñar en la maestría en Historia de la PUCP aduciendo que, en las circunstancias que se vivían en el Perú, a lo único que contribuía era a lanzar a sus estudiantes o al desempleo o a la migración. No quería convertirse en una especie de “enganchador” académico —sostenía— enviando a sus estudiantes a estudiar el doctorado con sus colegas del exterior. Enjuiciaba con dureza, asimismo, nuestra propia formación universitaria³⁶.

En su “Presentación” a *Linajes y Futuro*, Efraín dejaría testimonio de ese momento final de su carrera universitaria en los EEUU. No tuvo problemas con aprobar los exámenes de grado, pero su manuscrito no encontró la mejor acogida. Se le pedía que lo ajustara a las normas de una tesis doctoral. “Esa desconfianza era harto natural —reconoció Efraín hidalgamente—, aunque satisfacerla hubiera demandado alterar la esencia misma de mi trabajo”. Demandándole, además, un “trabajo solitario y sin más asesoría que la vida de cada día”. Ya no era él,

³⁴ Ibid., p. 114.

³⁵ Ibid., p. 20.

³⁶ Ibid., p. 127.

efectivamente, el joven historiador que socializaba divertidamente sus avances de investigación. El giro de su trabajo, asimismo, lo había dejado crecientemente solo. El trabajo cotidiano, en esas circunstancias, se había convertido en una lucha contra sus propios fantasmas; en un duelo existencial que trababa su valiente lucha contra la adicción y otros males. Se sentía incomprendido, merodeado, como se encargó de recordárnoslo a través de un “Proemio” en verso que incluyó en *Linajes y Futuro*:

Pobrecito el Efracincito tan bonito y tan loquito
Tan bueno, amable e inteligente
que era y hoy lo vemos diferente
se le ve tan repelente
ya no para con la misma gente
qué pasará en su mente.

Tras olvidarse del Ph.D. — totalmente inservible, a su juicio, para quien planeaba vivir en el Perú— condenó al olvido también a su manuscrito. Terminaba 1989 y todo llevaba a pensar que la década que se iniciaba no iba a ser menos violenta. La crónica deportiva vendría entonces en su ayuda: un elemento fundamental en el camino de rehabilitación que emprendería hacia 1991. Tres años más pasarían antes que aquella tesis trunca apareciese publicada bajo el título de *Linajes y Futuro*. En las primeras páginas de ese libro, Efraín ha dejado testimonio del enorme sufrimiento que derivó de ese desconcertante final de su vínculo con su *alma mater* tejana. Y, por supuesto, el mero hecho de confinar “bajo siete llaves” su frustrado manuscrito, del cual — aunque quiso— no pudo llegar a olvidarse. Un tiempo en que la vida parecía ser “una suerte de suicidio a plazos”.

De hecho, cuando volvimos a encontrarnos — a raíz de su visita a los EEUU con el fin de cubrir el mundial de fútbol de 1994—, Efraín lucía lleno de vida, muy entusiasmado con la labor periodística que alternaba con su desempeño como comentarista político en un canal de cable que respaldaba sin cortapisas al régimen fujimorista. Poco pudo hacer el hecho de vivir de cerca un mundial de nuestro deporte favorito frente a las profundas discrepancias que teníamos con respecto a la situación del país. En ese contexto escuché su narración del rescate y relanzamiento de su manuscrito como la escena final de aquella aventura historiográfica que habíamos iniciado juntos en aquellos días de la

Plaza Francia, en el antiguo local del programa de Letras y Ciencias Humanas de nuestra *alma mater*.

VIII

Fiel a su estilo, Efraín nos deja una gran escena como trasfondo de un momento de reorientación personal. El funeral de María Elena Moyano es dicha escena en este caso. Era ella una dirigente popular y militante de izquierda que, en Villa El Salvador, se había enfrentado al intento de Sendero Luminoso de imponer su línea en la organización local. En febrero de 1992, pagaría con su vida su atrevimiento. No solo el personaje sino los detalles del crimen —que revelaban, por si quedaran dudas, los barbáricos extremos de la violencia senderista— generaron una vigorosa reacción de la sociedad civil. Esto se tradujo en una verdadera manifestación popular el día de su sepelio. Efraín era, ese día, uno de los dolientes.

Era conmovedor observar la inmensa serpiente humana que reptaba por el arenal en dirección al camposanto. Como si un inmenso “Llacta Amaru/Serpiente de Pueblo”, serpiente alada que éramos todos, hubiese bajado a besar la tumba de Malena y renovar en ella un juramento de pacificación.

En esas circunstancias, sintió Efraín que “todo remanente de desaliento se desvanecía en mí”:

Era como si de pronto el añejo *Jaucaq Ñan*, ese largo camino de pacificación que presidía mi manuscrito, cobrase vida ante mis propios ojos. Como verlo nacer sobre los cimientos de la propia tumba fresca que nos aguardaría a todos hasta lograr la paz³⁷.

A esos sentimientos habría de sumarse una secuencia de hechos que le reafirmarían que “la pacificación era el camino a la victoria”: el “autogolpe del 5 de abril de 1992”, la explosión de Tarata, la captura de Guzmán y sus cartas de rendición. Concluyó entonces que “el *Jaucaq Ñan* de mi manuscrito no había sido un simple sueño” y que había llegado el momento de “despertar”³⁸. En ese marco, recibe una invitación de SUR Casa de Estudios del Socialismo (entidad que reunía a un grupo de connotados miembros de la comunidad académica local como Alberto Flores Galindo, Nelson Manrique, Gonzalo Portocarrero y Os-

³⁷ Ibid. para ambas citas, p. 26.

³⁸ Ibid.

car Ugarteche) para participar en un seminario dirigido a estudiantes universitarios. Le pedían realizar “una suerte de síntesis del XVI”. Efraín usaría la oportunidad para redactar un capítulo adicional de *Linares y Futuro*. Un texto que, bajo el título de “Enigma del XVI: Consideraciones para una “Nueva Ciencia y Buen Modelo” planteaba “una óptica alternativa de la expresión histórica” a través de 24 textos breves que, en conjunto, explicitaban la clave última de su búsqueda personal: el derrotero de una exploración historiográfica que derivaba en su propia “reintegración” a los Andes. En ese esquema, sus inicios etnohistóricos —de la mano de Franklin Pease— era una primera estación conceptual y la vivencia de la pacificación ofrecía la posibilidad de “acercarse, de manera natural e ingeniosa, a nuestro cauce más profundo”. Entre ambos extremos quedaba su solitaria lucha personal, la transición de las intuiciones a la praxis, la lucha por recobrar memoria, por liberarse del marco conceptual que la compelia a mirar a los Andes como “objeto de estudio” para verlo más bien como espacio de retorno y enraizamiento. Con el respaldo, por cierto, de una propuesta analítica y práctica extraída, como ya se ha dicho, de la lucha andina por la supervivencia a inicios de la era colonial. En la perspectiva, todo ello, de “relanzar” una “conquista del Perú por los peruanos” como anunciara el populismo belaundista —al cual se había adscrito su familia entusiastamente— de los años 60. Ya no sobre la base de una ciencia de laboratorio sino de una perspectiva modernizante sustentada en “una lectura de las cosas desde la óptica indígena del proceso de nuestra conformación histórica”³⁹.

Así, sobre la base de una audaz metáfora histórica, entre los Andes post-Cajamarca y los Andes post-Sendero Luminoso, Efraín delineaba un futuro de paz para el Perú. En consecuencia con esa aproximación, no dudó en contrastar el impacto de la presencia de Pizarro y de Fujimori en el contexto andino:

Me circunscribo a establecer los términos de la comparación en el ámbito del tipo de percepción política del que ambos fueron objeto, así como del tipo de manejo político del que hicieron gala. ¿Cómo fueron percibidos por el pueblo y qué conducción política extrajeron de semejante percepción? Ocurre que, nos guste o no, ambos personajes no solamente coinciden en haber sido califica-

³⁹ Ibid., p. 158.

dos en base a su exterioridad física. Lo fundamental, lo central, apunta hacia comprender que tanto “el chinito” como “el barbudito” fueron capaces de conquistar la voluntad del Perú en un dos por tres y contraviniendo los pronósticos de la cátedra⁴⁰.

Pizarro y Fujimori, dos genios políticos según Efraín, capaces de canalizar hacia la edificación de un nuevo orden las energías generadas por el caos y la confrontación. Si uno había logrado que los “antepasados” colaboraran con él “sin reservas”, el otro “se había aprovechado de la fuerza de los seguidores del *antishock* de Vargas Llosa para desengañarlos con prontitud” una vez que había conseguido sus objetivos⁴¹. Así, aplicando ese peculiar enfoque, tras los muertos y la destrucción, Efraín advertía una gran oportunidad: la posibilidad de superar, finalmente, aquella “inefectiva dualidad” promovida por hispanistas e indigenistas para componer una mirada común de la peruanidad. Sobre la base de una “gran unificación de linajes”, de un *tinkuy*. A condición, por cierto, que se entendiese que “la fuerza del poder local” –base de reconstrucción de los linajes– era “la célula fundamental de la prosperidad de nuestros paisanos”.⁴²

VIII

“Volver a la tierra y restablecer los afectos allí donde todo empezó”. Ese era para Efraín, hacia 1994, el sueño que había reemplazado su plan original de “historiar los afluentes de un linaje [los chupaychu] y su integración al sistema colonial inca y español”. Fue a partir de su participación en las ya mencionadas actividades en Guatemala con la participación de Rigoberta Menchú que “cobró fuerza” en su vida “una agenda de reencuentro con la tierra, de reconciliar a los seres humanos con su propia realidad⁴³. No de un retorno de población desplazada por el conflicto interno sino su propuesta se trataba de algo más amplio. Si el país se estaba pacificando –a su parecer– era el retorno de gente como él, que llevaba décadas fuera de su tierra de origen, que podía realizar una contribución decisiva a hacer de la paz en curso una situación estable, un factor real de modernización.

⁴⁰ Ibid., p. 172.

⁴¹ Ibid., p. 171.

⁴² Ibid., p. 164.

⁴³ Ibid., p. 25.

Efraín había nacido en Andahuaylas, en el seno de una importante familia terrateniente. Desde niño, sin embargo, había residido en Lima donde había realizado toda su educación en el exclusivo Colegio Alexander von Humboldt. Cuando lo conocí, a los 18 años era un joven progresista que, prontamente se interesó en la política estudiantil. Un limeño más para todo efecto práctico que, no obstante, llevaba muy bien su apodo de “Cholo” que el mismo promovía. Fue elegido delegado de clase ya en el primer semestre. Y no pasó mucho tiempo antes de que fuese captado por una organización trotskista. Aunque, una abusiva detención policial fue un duro golpe a su ánimo militante, todavía en los años 80 tenía una fuerte simpatía por el activista cusqueño Hugo Blanco Galdós. En él, como en muchos de los compañeros de aquellos años, la frustración de una unidad de izquierda para las elecciones de 1980 significó una fuerte decepción. Su lado materno, según recuerdo, prevalecía en su ámbito familiar. Los Aréstegui, vale decir, era una acogedora familia andahuaylina con fuertes vínculos con su tierra. Sus primeros Trelles, por el contrario, parecían pertenecer a un diferente mundo social: más vinculado a los estratos altos capitalinos. Dos de ellos, Oscar y Jorge, hijos del Dr. Oscar Trelles Montes — medio hermano del padre de Efraín, don Alberto Trelles Richter — habían creado una exitosa academia de ingreso universitario a la que asistían, mayormente, estudiantes de los más exclusivos colegios limeños. Con buen criterio tan pronto descubrieron a su primo Efraín recién ingresado a la PUCP, lo reclutaron para su academia. Tras él, varios de sus amigos, nos integramos también. Un comentario de Efraín incluido en su “Presentación” a *Linajes y Futuro*, sugiere la yuxtaposición de lealtades que prevalecía en su ánimo:

[...] en agosto de 1980, días antes de haber tenido el gustaso de ver a don Oscar Trelles Montes asumir las funciones de presidente del Senado, tras colocar la banda presidencial en el pecho del arquitecto Fernando Belaúnde. Esa imagen representaba la promesa de una forma de entender la democracia y el desarrollo nacional que, más allá de los efectos inmutables, nunca compartí. Pero el país entero parecía vivir la promesa con eufórica plenitud⁴⁴.

A lo largo de los 80, Jorge Trelles Montero, hijo del Dr. Trelles Montes y figura emergente de Acción Popular fue conformando un

⁴⁴ Ibid., p. 13.

círculo de amigos y correligionarios, varios de ellos profesores de la academia de su propiedad. A inicios de los 90, la mayoría de ellos lo seguirían en su giro del belaundismo al fujimorismo. Esos eran los contornos sociales y políticos del “linaje” virtual que Efraín esbozaba hacia 1994. La base de apoyo que imaginaba convocando a un “retorno a la tierra” sin pérdida de “mis pisos ecológicos” en Lima diría parafraseando a John V. Murra⁴⁵. A partir del establecimiento de un eje Lima-Andahuaylas, un nuevo tipo de actividad empresarial podría emerger, abocada al impulso de una “modernidad” de “hijos bien nutridos” y educación de calidad: “única modernización deseable”. Y “no estoy solo en esa empresa” – anotaba Efraín en el clímax de su entusiasmo – “cuento con diversos apoyos, el más grande de ellos, proveniente de la Academia Trener”; gracias a la cual – concluía – “he podido financiar muchos proyectos y, también confrontar la adversidad”⁴⁶. De hecho, para viabilizar su propuesta, Efraín fundaría una firma que bautizó como Otorongo Producciones.

Una anécdota que Efraín incluyó en su “Presentación” a *Linajes y Futuro* ilustra, a mi parecer, la notable recuperación anímica que mi viejo amigo exhibía a mediados de 1994, alejado ya del “pozo emocional” en que había estado sumido por largo tiempo.

En el marco de la negociación de un convenio entre Otorongo Producciones y la empresa multicomunal Antahuaylla, viajaba – con el “alma llena de ilusiones y el sol dorado bañando mi puna querida” – a través de su provincia nativa en compañía de los directivos de esa entidad campesina. Su quechua, en esas circunstancias, despertaba “más allá de mi propio asombro”. De repente, una palabra de la canción que sonaba por la radio le llamó la atención: “ñoqari”. Tras la consulta respectiva de lo que quería decir, “¿acaso seré yo?”, le aclaró uno de sus acompañantes. “Lógico” – reflexionó Efraín – si al pronombre “ñoqa”, equivalente al “yo” en español, se le añadía el sufijo “ri” (indicador de duda), resultaba el significado ya dicho. Fue ahí, entonces, “que saltó la liebre”. Si al término “Inka” se le añadía el sufijo “ri” resultaba el “famoso término” *Inkari* que venía a significar algo así como “el Inka será pues” dicho con “entonación de duda”. Lo cual – concluyó Efraín – nada tenía que ver con “esa pronunciación mañosa de la década del

⁴⁵ Ibid., p. 31.

⁴⁶ Ibid., p. 34.

setenta"; cuando se acentuaba la última sílaba y, "lo más grave", se enfatizaba la "r" — de suave pronunciación en el quechua — para sonar como "rey".

Si hasta asistí a clases o conferencias, si hasta leí artículos o libros que llegaban al extremo de hablarnos del "Inka-rey" y de la importancia que, para la etnohistoria y el país, podría tener semejante constatación⁴⁷.

Efraín aludía con este relato a varias rupturas. Su preferencia por la oralidad y por lo sensorial como forma de aprendizaje era la principal. Como su ídolo Alfonso "Pocho" Rospigliosi, había logrado escribir como hablaba. Traducir en blanco y negro, vale decir, su elaboración verbal. Se libraba así de las trampas analíticas que habían retardado su encuentro con los Andes. Recién ahora podía acercarse, directamente, sin mediaciones, guiado por su propia memoria y su propio instinto, a la realidad andina. Y, en la medida, que el paraguas autocrático creado a raíz del autogolpe de abril de 1992, hacía posible ese retorno a la tierra liderado por una "gran unificación de linajes" había que defenderlo a rajatabla. Ahí radicaba su apuesta para construir un brillante futuro para el Perú. En la medida que ese andamio fuera resquebrajándose, Efraín iría abandonando sus proyectos productivos y sus afanes políticos para afirmarse como el reconocido periodista deportivo que era cuando, súbitamente, se apagó su vida.

Sin tenerlo del todo claro por supuesto, muchos de quienes elegíamos estudiar Historia en los años 70, optábamos por una suerte de encuentro con la "realidad nacional" por la vía de la comprensión del pasado de nuestro país. Con el tiempo fuimos entendiendo los alcances de ese "compromiso", como se decía entonces. Una ruta que transitábamos por la que ya en 1888 había sido definido por Manuel González Prada como un viaje hacia "el verdadero Perú", y que esa opción, asimismo, conllevaba múltiples contradicciones. ¿Cómo remontarse a los extramuros de la "ciudad letrada"⁴⁸ de la cuál éramos delfines predilectos? ¿Qué vehículo usar — más allá de la palabra que, de suyo, nos ataba a la "gramática del poder" de la "república de las letras" —

⁴⁷ Ibid., p. 33.

⁴⁸ Rama 1984.

para concretar nuestro idealizado viaje al “verdadero Perú”? ¿Cómo manejar nuestras propias pasiones intelectuales en el marco de nuestra profesión y con respecto a la “historia oficial”?

Compartí varias estaciones de ese viaje con Efraín. Nuestra excursión al valle del Colca con el profesor Franklin Pease en 1977 nos abrió los ojos a la conexión entre el pasado lejano y el “hirviente” presente del Perú. Nuestro ímpetu juvenil, sin embargo, reclamaba visiones de conjunto, acaso ideológicas, que una práctica historiográfica “tradicional” no podía proveer. Algunos años mayores que nosotros, Alberto Flores Galindo (1987), Manuel Burga (1988) o Nelson Manrique (1999) — con sus audaces interpretaciones de largo aliento — nos señalaban un atractivo camino alternativo. El ambicioso proyecto de Efraín sobre los Chupaychu hubiese podido ser, en ese contexto, un aporte extraordinario. El vehículo que le hubiese permitido navegar entre el XVI y el XX, desplegando una base empírica sin parangón. Proporcionándonos, de tal suerte, el marco referencial para examinar a profundidad una diversidad de temas que continúan demandando explicación. Temas relativos a la fragmentación del país, a la dificultad para suturar sus brechas socioculturales, para construir, por consiguiente, una peruanidad más amplia e inclusiva. Luchando contra sus propios demonios y los retos de un tiempo desafiante, Efraín hizo lo posible por cumplir su tarea.

Si su texto sobre Lucas Martínez Vegazo inscribió su nombre en el mapa de la historiográfica local, *Linajes y Futuro*, en cambio, pasaría desapercibido. Si el primero anunciaba una metódica ruta analítica de paciente desciframiento de tres siglos de evolución colonial, el segundo apuntaba a extraer de la experiencia del XVI un posible camino para la construcción del Perú del futuro. Un planteamiento en cuya formulación se intercalan lúcidos juicios forjados al calor del trabajo de archivo con pasajes que se asemejan a miradas y discursos de larga data en la tradición serranista peruana: de las “interpretaciones cósmicas” de la historia andina de Luis E. Valcárcel en *Tempestad en los Andes* (1927) al célebre texto del hacendado acomayino José Ángel Escalante, “Nosotros los Indios” ([1927] 1976) pasando por la propuesta federativa inspirada en el Tawantinsuyo de su colega azangarino José Angelino Lizares Quiñones (Pilco 2017), terrateniente y oficial del ejército. Y, asimismo, como telón de fondo, la voz del Amauta José Carlos Mariátegui, quien — leyendo a Valcárcel — encomiaba su opción por la “invención” y la “poemática” frente a la “deleznable, artificial y ridícula tesis de la objeti-

vidad de los historiadores” cuyos cultores no servían sino para expurgar “amarillos folios” con el fin de proporcionar los datos que “el genio lírico del reconstructor” empleará, o desdeñará en la elaboración de su síntesis”⁴⁹.

Lamento que sea demasiado tarde para discutir todos estos temas con el autor. De su singular experiencia, no obstante, estoy seguro que nuestros colegas más jóvenes podrán leer valiosas lecciones. Acaso sea menos complicado que en nuestra época optar hoy por la Historia como campo profesional. El Perú, en todo caso, sigue y seguirá siendo, un país que se resiste a cualquier fácil interpretación, porque demanda mucho más que un compromiso puramente profesional a quien esté dispuesto a dedicar su vida a la tarea de desentrañar su complejidad.

Bibliografía

- Assadourian, Carlos Sempat. 1986. “Lucas Martínez Vegazo: Funcionamiento de una encomienda peruana inicial de Efraín Trelles Aréstegui. Reseña”. *Hispanic American Historical Review*, 66(2): 382-383.
- Baudin, Louis. 1978. *El imperio socialista de los incas*. Santiago de Chile: Editorial Zigzag.
- Bronner, Fred. 1987. “Peruvian Historians Today: Historical Setting”. *The Americas*, 43(3): 245-277.
- Burga, Manuel. 1988. *Nacimiento de una utopía : muerte y resurrección de los incas*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.
- Campbell, Leon G. 1986. “The historical reconquest of ‘Peruvian Space’”. *Latin American Research Review*, 21(3): 192-205.
- Castelli, Amalia; Marcia Koth de Paredes y Mariana Mould de Pease. 1981. *Etnohistoria y Antropología Andina. 2ª Jornada del Museo Nacional de Historia*. Lima: Museo Nacional de Historia.
- Clark, Elizabeth A. 2004. *History, Text: Historians and the Linguistic Turn*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Escalante, José Ángel. 1976 [1927]. “Nosotros los indios”. En *La polémica del indigenismo*, compilado por Manuel Aquézolo Castro, pp. 39-52. Lima: Mosca Azul Editores.

⁴⁹ Mariátegui 1925.

- Flores Galindo, Alberto. 1987. *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.
- Glave, Luis Miguel. 2019. "Efraín Trelles Aréstegui (1953-2018)". *Hispanic American Historical Review*, 99(1): 129-132.
- González Prada, Manuel. [1888] 2009. "Discurso en el Politeama". En Manuel González Prada, *¡Los jóvenes a la obra! Textos esenciales*, compilado por Manuel Sobrevilla, pp. 239-240. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Koth de Paredes, Marcia y Amalia Castelli. 1978. *Etnohistoria y Antropología Andina. 1ª Jornada del Museo Nacional de Historia*. Lima: Museo Nacional de Historia.
- Lockhart, James. 1972. *The Men of Cajamarca: A Social and Biographical Study of the First Conquerors of Peru*. (Institute of Latin American Studies, University of Texas). Austin-London: University of Texas Press. [Este libro fue reseñado por John Murra en 1977 y aparecido en *Histórica* [Lima] 1(1): 136-139.]
- .—1986. *Los de Cajamarca. Un estudio social y biográfico de los primeros conquistadores del Perú*. 2 tomos. Lima: Milla Batres.
- .—2012. *The Men of Cajamarca: A Social and Biographical Study of the First Conquerors of Peru*. 2ª ed. (Latin American Monographs, 496). Austin: University of Texas Press.
- Mallon, Florencia. 1983. *The Defense of Community in Peru's Central Highlands: Peasant Struggle and Capitalist Transition, 1860-1940*. Princeton, NJ: University of Princeton Press.
- Manrique, Nelson. 2018. "Genaro y Efraín" en *La República*, abril 2, 2018.
- .—1999. *La piel y la pluma: escritos sobre literatura, etnicidad y racismo*. Lima: SUR, Casa de Estudios del Socialismo.
- Mariátegui, José Carlos. 1925. "Rostro y alma del Tawantinsuyo". *Mundial*, Septiembre 11 de 1925. En https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/peruanicemos_al_peru/paginas/rostro.htm
- Mörner, Magnus y Efraín Trelles. 1986. "Un intento de calibrar las actitudes hacia la rebelión en el Cuzco durante la acción de Túpac Amaru". *Histórica*, 10(1): 89-137.
- Mould de Pease, Mariana. 2012. "Prólogo". En David J. Robinson, *Collaguas I. Visitas de Yanque-Collaguas, 1591 y documentos asociados*, pp. 13-19. 2ª edición corregida y ampliada. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial.

- Pease, Franklin. 1978. *Del Tawantinsuyo a la historia del Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Pilco Huanca, Melissa Jenny. 2017. "Historia gamonal terrateniente de los Lizares Quiñones en la época republicana en Azángaro, Puno". Tesis de licenciado en Educación. Facultad de Educación, Universidad Nacional del Altiplano. Puno.
- Rama, Ángel. 1984. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Rénique, José Luis. 1999. "Adiós a mi maestro" en *El Comercio*, Lima 14 de noviembre de 1999.
- .—2019. "Prólogo". En Efraín Trelles Arpestequi, *Balón y Poder: Lolo Fernández y el sueño colectivo de los peruanos en el siglo XX*. Lima: Colegio Trener.
- Rénique, José Luis y Efraín Trelles. 1977. "Aproximación demográfica, Yanque-Collaguas, 1591". En *Collaguas I*, editado por Franklin Pease, pp. 115-130. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial.
- Spalding, Karen. 1983. *Huarochiri: An Andean Society Under Inca and Spanish Rule*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Stern, Steve. 1982. *Peru's Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest: Huamanga to 1640*. Wisconsin: University of Wisconsin Press.
- Trelles, Efraín. 1978. "¿De los últimos incas a los primeros peruanos? Una reseña del último libro de Franklin Pease". *Revista de la Universidad Católica*, 4: 335-342.
- .—1982. *Lucas Martínez Vegazo: funcionamiento de una encomienda peruana inicial*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- .—1983. "The Integration of an Andean Ethnic Group into the Early Encomienda System. The Case of the Chupaychu, in Huánuco, Perú (1532-1562)". Tesis de Maestría. Universidad de Texas. Austin.
- .—1988. *Los Chupaychu: los afluentes de un linaje y su integración al sistema colonial incaico*. Lima: Ediciones Tawantinsuyo.
- .—1994. *Linajes y Futuro*. Lima: SUR/Otorongo.
- Valcárcel, Luis E. 1927. *Tempestad en los Andes*. Lima: Populibros Peruanos.
- Wachtel, Nathan. 1971. *La vision des vaincus. Les Indiens du Pérou devant la Conquête espagnole (1530-1570)*. Paris: Gallimard.
- Whyte, Hayden. 1992. *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. 1ª ed. en español. México: Fondo de Cultura Económica.